

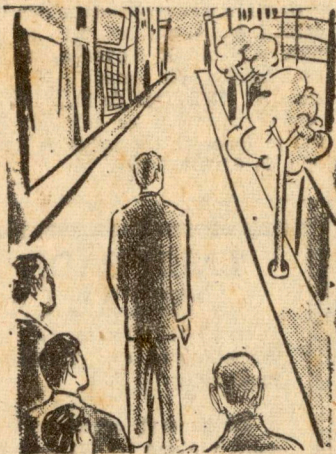
Una Incógnita de Este Tiempo

por Sebastián Salazar Bondy

Shelley, el gran poeta inglés, sostenía que la humanidad debería buscar sus legisladores entre los poetas y que sus códigos tendrían que ser los grandes poemas. Los hombres realistas o prácticos, los hombres prosaicos, sonreirán ante semejante afirmación, no sólo porque la han de considerar descabellada sino porque, para su mentalidad, el poeta y su obra no son cosa para este tiempo. En la vida actual, signada por la economía y la técnica, ¿hay un lugar para quienes sueñan con símbolos y los proponen como metas de la existencia? A primera vista parece que no, y tan parece así que los analistas de la situación plantean encuestas e investigaciones estadísticas sobre el problema. Y a despecho de que la estadística numérica misma repugna a la poesía — la concreción de las cifras no se adecúa a la vaguedad y sutileza poética—, los poetas consultados al respecto se rebelan contra esta nueva expulsión de la ciudad moderna.

La inactualidad del poeta — opina Luc Estang— es sólo aparente, pues precisamente, es su afán de refrescar el lenguaje, de sacarlo de la rutina, revaloriza las palabras, las libra de la "inflación utilitaria" a que las condenan los hombres comunes o, lo que es peor, los economistas, los expertos en oferta, demanda, moneda, circulante, producción, industria, etc. El poeta, para Estang, está más adelante, poniendo en duda la significación de los vocablos, desentrañándolos. La mayoría se conforma con saber que la expresión "oro" es solamente "oro", o en el mejor de los casos que representa riqueza, dicha, poder. El poeta indaga en la

esencia del término, y lo aplica, por ejemplo, a la luz, al trigo, al desierto, etc., con lo cual lo depura. Su función, pues, es una función profiláctica y revolucionaria. Es a esto a lo que se refiere Andre Bretón oponiendo a la conciencia discursiva, a la razón, una conciencia lírica, insintiva, "basada en el reconocimiento de los poderes del Verbo", conforme las propias palabras del Pontífice del Superrealismo.



Alexandre Arnoux responde también refutando a quienes achacan al poeta su desacuerdo con el tiempo presente y el progreso, y descubre que inclusive la publicidad contemporánea — tal como el dibujo de propaganda se alecciona en la pintura de avanzada— busca en las nuevas formas del poema sus fórmulas de apelación al público, pues se dirigen ellas más que a una comprensión intelectual de los hechos a su absorción por la subconciencia en emisiones que tienen mucho de mágicas. Es decir, poéticas. Ar-

noux reconoce que en la ciudad moderna a veces la poesía escamotea, por razón de su pureza, algunas realidades demasiado brutales o vulgares, pero señala que ella esta siempre, tímida o exaltada, aun en las urbes más fenicias, donde prevalecen los afanes más materialistas. El poeta, es cierto, brota espontáneamente, aunque no se lo dese.

Dondequiera que se haga la encuesta se obtendrán respuestas similares, sobre todo de parte de los poetas mismos, que no han perdido nunca la esperanza de soliviantar la sociedad hasta el punto de transformarla a la manera que ellos lo reclaman. De ahí que sea raro el buen poeta, el poeta inconforme con su poesía y con sí mismo, que no manifieste su incomodidad ante la organización en que vive. Esta actitud de discusión permanente, afina su sensibilidad con relación al orden del mundo, a la justicia o injusticia que en él priva. En muchas ocasiones en que los hombres prácticos — o los sociólogos, que tratan de darles a aquéllos las interpretaciones de los fenómenos colectivos— se han visto ante un enigma, sin posibilidad de precisar el origen y los alcances de un suceso público, han sido los poetas los que han señalado el camino.

Claro que de eso a aspirar a ser los legisladores por excelencia, como quería Shelley, hay distancia, y gran distancia, pero suponer que el poeta, el verdadero poeta, se halla con los pies fuera de la realidad, colgado del cielo, en una jaula delicada o en una frágil torre, no deja de ser tan arbitrario como lo anterior. Esta época es rica en interrogantes, todo el mundo pregunta por todo, y despejar la incógnita que ofrece la presencia de los poetas en este tiempo de viajes interestelares y automatización industrial no deja de ser una obligación.